

modificación: adorábase el inmovilismo; la anquilosis y la petrificación representaban el ideal.

Ahora dominaba lo opuesto: la plasticidad era la esencia del régimen; su equilibrio se obtenía por su extrema movilidad; gracias a esa perpetua aspiración a ser, a lograr, a conseguir, la sociedad se halló en constante transformación, en progreso indefinido.

Por esa saturación del nuevo ambiente, por la tendencia a la variabilidad, surgía un ideal de vida más elevado que nunca.

La igualdad de bienestar no engendró la indolencia y la apatía; lejos de secar las fuentes de la emulación, las purificó. Los que antes suponían que sin el cebo de la ganancia desaparecería de la sociedad el genio de investigación y de empresa, el deseo de saber y de descubrir, sufrieron gran desengaño al ver destruídas prácticamente sus profecías.

CAPÍTULO VII

Complicaciones exteriores

La profunda sacudida social que transformó tan completamente la fisonomía de Francia, repercutió en toda Europa. Los pueblos, excitados por el ejemplo de la clase obrera francesa, aspiraban a marchar sobre sus huellas.

La monarquía había caído en las naciones latinas, y españoles e italianos forzaban las etapas para que su revolución no se redujera a una simple modificación gubernamental y adquiriera el carácter social que la hiciera fecunda. En los países sajones era menos ardiente la fe en la huelga general; los pueblos dudaban antes de lanzarse a la aventura.

Los gobiernos que aun se sostenían, temiendo no poder comprimir indefinidamente el empuje emancipador, aumentaban su odio a la revolución. Entre ellos y el nuevo régimen instaurado en Francia quedaron rotas desde un

principio las relaciones diplomáticas. Era natural: no podían existir contactos ni relaciones entre organismos económicos, procedentes de la revolución, que eran la negación de todo gobierno, y las excrescencias políticas que eran los Estados, sin distinción entre monárquicos y republicanos.

Bien había en Francia, en la cima del mecanismo sindical, el Comité Confederal, formado por los delegados de las organizaciones federales; pero, aunque se hubiera querido, no había equívoco posible: ese comité no podía tener figura gubernamental. Ante él, sin embargo, se suscitó la cuestión de las relaciones diplomáticas con los gobiernos extranjeros. ¿Se conservarían? No. Se adoptó la negativa. En cambio se acordó desarrollar y fortalecer las relaciones anteriormente existentes entre las federaciones y las confederaciones obreras de todos los países. Esos acuerdos recibieron la aprobación unánime del Congreso Confederal.

Esa solidaridad internacional entre los pueblos era una necesidad apremiante, porque los gobiernos extranjeros pensaban intervenir en los asuntos interiores de Francia. El pretexto era fácil de hallar, como encargados de velar por los intereses de sus compatriotas;

primeramente en nombre de los establecidos en Francia, y después en el de los comercios e industrias arruinados, y en el de los portadores de títulos franceses, rentas sobre el Estado, acciones de ferrocarriles, minas y otros, a quienes perjudicaba la quiebra general.

Los gobiernos se movían por solidaridad capitalista, como en 1792 se movieron sus predecesores por solidaridad dinástica. Lo mismo que en aquella época, la revolución les hacía sombra y ansiaban anegarla en sangre para poner fin a su acción propagadora.

El emperador alemán, que patrocinaba un patronato poderoso, sólidamente organizado y muy combativo, se puso a la cabeza de la nueva coalición, con tanto mayor empeño cuanto que sentía la agitación que conmovía los grandes sindicatos obreros alemanes. Le incitaban además a esa ofensiva contra la revolución francesa los emigrados, centralizados en Estrasburgo, que realizaban maniobras reaccionarias, solicitando el concurso de todos los gobiernos contra su «patria». Contra ella trataban de mover principalmente Alemania e Inglaterra; deseaban cercar la revolución y procuraban combinar la invasión terrestre y marítima con una nueva Vendée.

Repetíase la historia: Estrasburgo imitaba a Coblentza; la burguesía del siglo xx copiaba

a la aristocracia del siglo XVIII y parodiaba el ejército de Condé.

Muchos fueron los capitalistas que, a los primeros incidentes revolucionarios, se refugiaron en la ciudad rhenana; muchos fugitivos también fueron allí a parar después de la destrucción del campamento de Chalons. Reuniéronse allí grandes banqueros asociados con sus colegas de ultra-Rhin; trusteros franco-alemanes de la metalurgia y de las minas; el personal gubernativo y parlamentario, y también las familias dinásticas de la república. A su alrededor circulaban aventureros, apaches, oficiales de fortuna y todo género de emigrados, que preferían vivir como parásitos a dedicarse al trabajo.

A todos parecía excelente albergue aquella ciudad desprendida de Francia; sentíanse bien bajo los pliegues de la bandera alemana y tenían al emperador germánico como su mejor aliado.

Así como los emigrados de 1792 pusieron su fidelidad al rey sobre la de la nación, los nuevos emigrados pusieron la idea de clase sobre la de la patria. Los capitalistas franceses no tuvieron inconveniente en recurrir a la Alemania capitalista contra la Francia obrera.

A los primeros indicios de las amenazas de

intervención extranjera, el Comité Confederal, que tenía atribuciones para adoptar una resolución, apeló al mismo pueblo, por medio de sus órganos corporativos: convocó un congreso general de todos los sindicatos.

Esta consulta popular, la segunda desde la implantación del nuevo régimen, se hizo rápidamente. En pocos días se reunieron los delegados y se reunieron en París. Había delegados de todas las ramas de la actividad humana; todas las profesiones estaban representadas, por hallarse todas agrupadas en sindicatos y federaciones, y por tener todas derecho y capacidad para discutir y resolver sobre intereses generales.

Todos los delegados aborrecían la guerra con pasión intensa. La odiaban y la temían, no sólo por los males horribles que forman su cortejo, sino principalmente por sus perniciosas consecuencias; porque veían el peligro de que un torrente de barbarie arrasara la bella armonía naciente.

Y, sin embargo, no había de abandonarse la revolución. Era preciso defenderla.

¿Pero, cómo?

Después de angustiosas discusiones, el Congreso rechazó el proyecto de defensa militarizada, que hubiera significado un retroceso

al antiguo régimen. Consideró que sería comprar demasiado cara la victoria, si fuera preciso deberla a un ejército regular, reconstituído para el caso. No quiso librarse de un peligro exterior a costa de un peligro interior.

Decidióse, pues, no recurrir al sistema antiguo, que consistía en oponer masas armadas y precipitar unas contra otras; conviniéndose en hacer frente a los ataques exteriores por medio de una guerra en orden disperso, que no sería una vulgar guerra de guerrillas, sino una lucha inexorable y sin piedad. Se trataba de aprovechar para la defensa los últimos descubrimientos científicos, pasando sin escrúpulos sobre el pretendido derecho de gentes.

Se partió del principio de que cuanto más temibles fueran los expedientes a que se recurriera, más eficaces serían y más corta sería la guerra.

Dedicáronse a la tarea comisiones especiales de técnicos audaces y enérgicos, dejándoles la mayor latitud, y los medios a que pensarán recurrir, cuyo plan presentaron al Congreso y fué aprobado.

Después de haber hecho frente a las amenazas de reacción exterior, el Congreso tuvo empeño en afirmar su inquebrantable confianza en el porvenir por un acuerdo que evidenciara la

fecundidad de la revolución. Habiéndose demostrado por una información precisa, que, teniendo en cuenta las reservas necesarias, el nivel de la producción excedía con mucho al del consumo, y que éste podía satisfacerse con menos tiempo de trabajo, la tasa media de la jornada de ocho horas se rebajó a seis.

Esta decisión en tal momento probaba cuán seguros de sí mismos estaban los confederados, cuán grande era su fe y qué poco les impresionaban los preparativos de invasión que en pocos días podían poner su obra en peligro.

Con la actividad impuesta por la eventualidad de los acontecimientos, las comisiones de defensa comenzaron sus trabajos. Poco tenían que innovar; les bastaba preparar la aplicación de descubrimientos ya conocidos, hasta por el gobierno antiguo, que no había osado aplicarlos porque los juzgaba demasiado temibles.

Una de esas comisiones se ocupó de las hondas hertzianas, de las cuales, ya en 1900 indicó Gustavo Lebón el terrible partido que podía sacarse de sus propiedades: este sabio anunció entonces que en un porvenir próximo sería posible dirigir a distancia, sobre los barcos de guerra, haces eléctricos suficientemente poderosos para provocar espontáneamente la

explosión de los obuses y de los torpedos acumulados en su interior; que se podría obtener también, siempre desde un punto lejano, la deflagración de la provisión de pólvora contenida en una fortaleza; la de los parques de artillería de un cuerpo de ejército y la de los cartuchos metálicos de los soldados en sus cartucheras. Algunos años después, a consecuencia de la catástrofe del acorazado *Iena*, un sabio, M. Naudin, pasaba de la teoría a la práctica y, por cuenta del gobierno, realizó el primero las previsiones de Gustavo Lebon: en 1908 obtuvo la explosión a distancia de una caja de pólvora.

En esa vía se había llegado a realizaciones sorprendentes y de potencia incomparable: se hizo deflagrar, con precisión matemática y a distancia, montones de materias explosivas contenidas o encerradas en la cala de un barco. La comisión divulgó ese formidable descubrimiento, e inmediatamente se construyeron en cantidad suficiente los aparatos de radio-detonación para hallarse en disposición de hacer frente a los acontecimientos.

En el mismo orden de hechos, la comisión aplicó a unos torpederos aéreos los procedimientos de dirección, por las ondas hertzianas, aplicadas ya a los torpedos submarinos. Se

construyó una flotilla de aeroplanos que pudiera llevar cada uno algunos centenares de kilos de explosivos que, por una maniobra radio-automática, se precipitarían a tierra en el punto señalado.

Esos torpedos aéreos eran movidos por un motor de esencia y dirigidos en los aires con el teclado Gabet: el operador, instalado algunos kilómetros del objeto a que se dirigía, lanzaba el aeroplano telemecánico, y tocando las teclas del radio-combinador, le hacía maniobrar, vivir, adelantar o retroceder. Cuando el aparato llegaba al punto fijo, el operador tocaba una tecla especial y se desprendía la provisión de explosivos del torpedo aéreo.

Ese aparato tenía una superioridad terrible: cuando se cernía sobre un campo, la mayor de las imprudencias para el ejército por él amenazado consistía en detener su carrera, porque su resultado era apresurar la catástrofe explosiva.

Una comisión de estudios químicos y microbiológicos se dedicó a trabajos de protección en un orden diferente, pero de la que resultarían efectos mucho más terribles: se trataba de infectar los ejércitos invasores, inoculándoles la peste, el tífus y el cólera... contaminándoles con preparaciones saturadas de baci-

los patógenos de esas enfermedades epidémicas. Para su manipulación se tomaron todas las precauciones necesarias para evitar sensibles repercusiones, con el uso de los sueros preservativos y curativos de que se disponía.

La práctica de ese espantoso medio de exterminio se combinó de diversas maneras; sea mezclando en las aguas que habían de beber los invasores productos gelatinosos u otros sembrados de bacilos; sea lanzando sobre el ejército enemigo, por medio de aeronaves o de aeroplanos, bombas de cristal explosivas con finísimas agujas cuya picadura inoculara bacilos infecciosos.

Esos procedimientos de defensa y de esterminio, como ya hemos dicho, eran conocidos anteriormente; pero los gobiernos se habían negado a aplicarlos, porque, aun sobre los campos de batalla, querían guardar apariencias de civilización... apariencias no más; porque mucho más bárbaro es lanzar miles de hombres unos contra otros por viles pretextos, que usar esos medios en legítima defensa.

Con el empleo de esos medios la guerra se hace imposible; pero los gobiernos quieren conservar la guerra, porque el miedo a la guerra es su mejor artificio de dominio. Por ese temor, hábilmente sostenido, puede erizar-

se el país de ejércitos permanentes, que, so pretexto de proteger la frontera, amenazan realmente al pueblo y protegen a la clase privilegiada.

En cuanto se hubiera sabido que un puñado de hombres decididos podían oponerse a la violación de una frontera, la opinión pública hubiera impuesto la supresión de los ejércitos permanentes. Para evitar verse obligados a esa supresión, los gobiernos tuvieron secretos o reservaron cuanto pudieron esos inventos que prometían a un pueblo conservar su independencia territorial por medio de la ciencia y con más seguridad que con un ejército.

Lo que no habían querido hacer los gobiernos iban a inventarlo los confederados: sin ejército, sin batirse, por la acción sola de una ínfima minoría, iban a hacer inviolables sus fronteras.

Los procedimientos de defensa a que iban a recurrir no habían de permanecer secretos; los confederados decidieron avisar a los gobiernos de la recepción que se preparaba a los invasores, y dar conocimiento a las masas populares extranjeras del peligro a que se exponían consintiendo en cooperar al crimen de la invasión.

Al efecto se lanzaron manifiestos en todos los idiomas, anunciando que en la frontera francesa se había constituido una zona peligrosa cuyo paso se prohibía, bajo pena de muerte, a toda banda armada.

CAPÍTULO VIII

La última guerra

Tres cuerpos de ejército penetraron simultáneamente en territorio francés: uno se desbordó sobre las llanuras de Flandes, otro avanzó sobre Nancy, el tercero sobre Vesoul.

Esos cuerpos de ejército estaban formados por soldados alemanes, austriacos, ingleses, por hordas de cosacos y por algunos batallones de suministrados por los reinos balcánicos y los del Norte.

Tal certidumbre tenían los gobiernos aliados de aniquilar sin esfuerzo la revolución, que no se apresuraban a obrar contra ella. Querían dar solemnidad a la represión; querían que el castigo infligido a la clase obrera de Francia fuese tal, que helase a todos los pueblos de espanto, y desarraigase en ellos de una vez y para siempre todo intento de rebeldía. Para dar más lúgubre aparato a la ruina de la Francia